

LA ESCRITURA LATINA UNCIAL: LATINIDAD, CRISTIANISMO, HELENISMO Y AFRICANIDAD

MANUEL ROMERO TALLAFIGO

Departamento de Paleografía de la Universidad de Sevilla

SUMARIO: Historia y Escritura.—El momento cultural de la uncial latina: Cristianismo y latinidad profana; helenismo y africanidad.—El término uncial y su aplicación a la Paleografía Latina: De San Jerónimo a los benedictinos de San Mauro, de los maurinos a Jean Mallon.—Valoración crítica de las fuentes en torno al origen gráfico e histórico de la uncial latina: Las soluciones greco-cristianas y latinas antes y después de Jean Mallon.—Conclusiones.

El tema paleográfico que hemos elegido es el de la escritura uncial latina. No se nos ocultan los riesgos de este tema ni tampoco la trascendencia del mismo. Trascendencia que le adviene de la época en que se origina y desarrolla, la tardo antigüedad romana, de la significación que tiene en el sistema nuevo de las escrituras romanas, y del papel que la uncial desempeñó en las escrituras librarias y, cómo no, en la Cultura del más allá de la desaparición del Imperio Romano.

Es incuestionable que la aparición y desarrollo de cualquier escritura viene en parte condicionado por los supuestos culturales que conforman cada situación histórica, y ello cobra especial significación en el caso de la uncial, que se origina en uno de los momentos más atrayentes de la cultura romana —la tardo antigüedad— como simbiosis perfecta del mundo helenístico latino y cristiano, por una parte, y por otra, en los momentos en que la fragmentación del mundo romano da paso a la constitución de los reinos medievales, que con su indiscutible personalidad específica arrastran tras de sí una tradición, sobre todo literaria y formal, heredada precisamente de la época en que la uncial se originó y desarrolló.

Por otra parte, nuestra especial consideración de la escritura como realidad puramente histórica y de la Paleografía como auténtica Historia de la Escritura, junto con sus aspectos prácticos y analíticos, va a explicar que antes de agotar el tema de la escritura uncial en el sólo ámbito de la Paleografía Latina, hayamos intentado trazar un esquema, si no exhaustivo, al menos imprescindible, de las líneas maestras del pensamiento y de la tradición literaria de la época y de los siglos en que la uncial tuvo su origen.

Dividiremos, pues, la exposición de la uncial latina en cinco cortes fun-

damentales y escalonados. El primero diseñará el momento cultural en que cristaliza la dicha uncial. El término «uncial» y su aplicación en la Paleografía Latina será el segundo. Seguirá, en tercer lugar, una breve valoración crítica de las fuentes paleográficas. El núcleo principal o cuarta parte se dedicará al discurso sobre el problema paleográfico del origen de la uncial latina con las soluciones greco-cristianas y latina, antes y después de la gran figura Jean Mallon. Por fin, como colofón, y en quinto lugar, se extractará una conclusión.

I. EL MOMENTO CULTURAL DE LA ESCRITURA UNCIAL LATINA

La historia de la antigüedad tardía no puede contentarse hoy con sólo señalar los hechos políticos, las grandes gestas y las palabras ilustres. Las tendencias de la que se conoce como Historia de la Cultura pusieron de relieve la necesidad de superación de lo que se venía denominando Historia externa. Y aunque la Historia de la Cultura, como Historia total, está hoy superada, resulta necesario —y en el caso que nos ocupa, imprescindible— volver a ella.

La Historia de la civilización romana en la tardía Antigüedad cuenta hoy con un amplio abanico de monografías especiales, consagradas al análisis y comprensión de los sectores más variados de la actividad humana. Porque el hombre no es sólo animal político, interesa la Historia de las Instituciones, del Derecho, de la Economía, de la Agricultura, de la Lengua¹, del Amor, de las Ideas, de las Ciencias, de la Alimentación y, también, de la Escritura. Pues la escritura, como actividad humana, es historia y para el historiador humanista debe ser lema constante el dicho terenciano, inmerso en el ideal del Humanismo: *Homo sum, nihil a me alieno puto*.

Dentro de la Historia de la Escritura, el origen histórico, es decir, el cómo, el cuándo y el dónde nació, junto con el proceso consecuente de la escritura uncial latina, son un problema clave y trascendental, al igual que sucede con la carolina y las llamadas escrituras góticas. El tema histórico de la uncial lo es por tres razones: 1) Por ser escritura vinculada tradicionalmente a la Literatura latino-cristiana y las versiones latinas de la Biblia. 2) Por ser escritura de amplio desarrollo cronológico y geográfico en el Occidente europeo, sirviendo de vehículo y forma gráfica en numerosos y preciados códices de las Bibliotecas de la Alta Edad Media. 3) Por ser escritura con nombre común y vinculaciones excesivamente subrayadas con la uncial griega.

1. Según H. I. MARROU: *Le métier d'historien*, en «L'Histoire et ses méthodes». Encyclopédie La Pleiade, Gand, 1961, pág. 1473. La lingüística histórica es una de las más sólidas, ricas y fecundas conquistas del nuevo espíritu histórico. Y, por qué no, la Historia de la Escritura, preguntamos nosotros

El origen, latino o griego, profano o cristiano, de la escritura uncial latina; su cuna, en el Africa Proconsular, en Alejandría, en Siria o en cualquier otro punto; sus diferentes usos y, en general, la trayectoria histórica de esta escritura: constituyen una referencia luminosa y significativa para la Historia de la Romanidad, como la que aportan la Historia de la Lengua, de la Literatura, del Arte y del Derecho, por citar algunas. El origen y proceso posterior de la uncial latina abarca un período tan crítico como el que va desde Tertuliano hasta San Isidoro, desde Septimio Severo, el emperador africano, hasta los prolegómenos del Renacimiento carolingio. La escritura uncial latina es, sin dudas, un diminuto hecho histórico pero que no, por pequeño, deja de construir una línea importante de la Historia total o macroscópica. La solución paleográfica de la uncial valorará más en su justa medida el helenismo y humanismo de la Patrística Latina y del cristianismo naciente y vivaz, el peso cultural del Oriente romano y de Africa del Norte frente a la Urbe metropolitana. Humanismo o cristiandad, latinismo o helenismo, metrópolis o periferia, son elementos ponderables en el fiel preciso, por pequeño y objetivo, de la escritura uncial latina. De ahí que resumamos los supuestos culturales del momento histórico de la tal escritura en «Cristianismo y latinidad profana» y en «Helenismo e impulso africano en el cristianismo occidental».

a) *Cristianismo y latinidad profana*

La cultura latino profana supuso una de las alternativas posibles del cristianismo occidental, que pudo encaminarse, o bien, hacia el holocausto o rechace total, o bien, hacia la propedéutica o aprovechamiento de sus evidentes valores. Esta alternativa posible se hace más vivencial si se tiene en cuenta el concepto del apóstol San Pablo acerca de la *metanoia* o trastrueque de valores («El que se humilla será exaltado» y viceversa) que forzaba a sentir la antítesis entre la sabiduría pagana y la humildad y fe cristianas.

Las cabezas rectoras y pensantes del cristianismo, a fines del siglo II y principios del III, nunca acogieron el holocausto total de la cultura pagana, ni siquiera como gesto audaz y grandioso en aras a la gran renovación moral y religiosa que propugnaba el cristianismo en la romanidad. Tal audacia hubiera tenido un precio muy alto para la propaganda proselitista del cristianismo naciente y hubiera condenado a éste a la indigencia intelectual. Y hubiera dado al Cristianismo naciente un rumbo, quizás, parecido al del judaísmo rabínico, que en el curso del siglo I al V d.d.C., se encierra en un ghetto cultural, se repliega tras la trinchera de la Torah, abandona las traducciones griegas de la Biblia y desarrolla su sistema escolar y de educación a partir del alfabeto y la lengua hebraicas².

2. H. I. MARROU: *L'école de l'Antiquité tardive*, en «Settimana di studio del centro italiano di studi sull'alto medioevo»; Spoleto. 1972, t. XIX (I), pág. 136.

Para el Cristianismo la *sapientia saecularis* romana era, sin dudas, una civilización «vigorosa, madura y viril»³ y que recogía entre otras cosas:

— El acervo filosófico heleno, en su versión romana, que para el griego había dado la explicación del mundo y del hombre y para el romano, unas pautas de conducta y de estar en el mundo, vertidas en su incombustible y siempre actual Derecho.

— La expresión, escrita u oral, instrumento esencial de propaganda y difusión, había obtenido en Roma todos los matices de la sensibilidad e inteligencia humanas: en significados precisos de las palabras, en su ritmo y en construcción de frases, apóstrofes e imágenes (Gramática, Retórica y Dialéctica).

— El arte había alcanzado metas poderosas, refinadas y patéticas; la construcción empleaba técnicas muy sabias.

— La escritura del período clásico romano había adquirido, tanto en usos librarios como cancillerescos y corrientes, formas bellas y armónicas, en algunos casos, y regulares y claras, en todos. La evolución escrituraria hacia las formas minúsculas en la Romanidad, cuyo testimonio más palpable y significativo lo tenemos en el famoso papiro Oxyrrhinchus «Epítome de Tito Livio, era una evolución práctica, positiva y de efectos espectaculares en la posterior Historia de la escritura de Europa.

La cultura clásica latina y profana era, pues, una buena técnica para formar el hombre cristiano, siempre que se la hiciese indiferente, como tal técnica, con respecto a la conciencia cristiana y «pedirle sus servicios tan sólo desde el punto de vista formal, no desde el sustancial, para insertarlos en el orden de la gracia. El sistema de la cultura antigua, en su estructura externa y formal, concebíase como distinto de su contenido pagano; en cuanto éste era incompatible con el contenido de la fe cristiana. Por consiguiente, la disciplina estructural o formal de la educación podía aprovecharse a favor de la íntima educación cristiana»⁴. De ahí que la Patrística, en general, asume lo profano como propedéutica y como deber cristiano.

Así, San Basilio (siglo IV), obispo de Cesarea, recomienda la lectura de libros profanos a los jóvenes cristianos. Tales libros, según Basilio, representan lo que fue para Moisés la ciencia de los egipcios o para Daniel, la de los caldeos. El comercio con las letras profanas daba formación básica, que sería coronada, luego, con los libros cristianos⁵.

San Jerónimo, hacia el año 400, glosa su postura ante la sabiduría pro-

3. V. H. URS VON BALTHASAR: *De l'intégration. Aspects d'une théologie de l'Histoire*. París, 1970, pág. 257.

4. G. RIGHI: *Historia de la filología clásica*. Nueva Colección Labor. Barcelona, 1967. pág. 74.

5. MIGNE: *Patrologia Graeca*. XXXI. 563-590.

fana y clásica, relacionando a ésta con la cautiva desposada del Libro del Deuteronomio (XXI, 12): Antes de desposarse debían afeitarse la cabeza y las cejas, depilarle y cortarle las uñas, para limpiarla de todo lo que había en ella de muerte, idolatría y error y, así, poder servir a Dios⁶.

Pero en los límites de la Edad Antigua, el pensador cristiano que más profundamente supo conciliar las exigencias de la fe cristiana con la cultura antigua fue el antiguo *rhetor*, San Agustín, que prescribe y justifica el orden de las disciplinas que fortifican el entendimiento a favor de la cultura cristiana: «Así como los egipcios no sólo tenían ídolos detestados por los hebreos sino preciosos y suntuosos ajuares, de oro y plata, y los judíos pudieron llevárselos para usar mejor de ellos por orden divina, así también las doctrinas de los griegos y la cultura antigua, aparte sus soberbios fines de grandeza y de dominio humanos, contenían instrumentos útiles para la defensa y el esplendor de la verdad cristiana. Como el oro y la plata que la naturaleza ofrece son bienes naturales que la Providencia pone a disposición de los hombre, así el cristiano puede y debe hacer suya, cual si fuesen preciosos atavíos, tejidos y bordados por manos ignorantes de su destinación, debe, digo, hacer suya, apropiándosela sabiamente, para iluminación de su inteligencia y ayuda de su fe, la cultura clásica pagana en todas sus formas»⁷.

Todos estos testimonios revelan, entre otros, una admisión inevitable y necesaria del fenómeno de ósmosis mental de la cultura ambiental pagana, aunque admisión recelosa de que pudiera servir al error y a la sensualidad más que a la nueva doctrina. El gran historiador Pierre Labriolle fue uno de los primeros que propugnaron un reconocimiento sincero por parte de la Historia de la Cultura a hombres como San Basilio, San Jerónimo y San Agustín, que con otros muchos resistieron la presión de los «zelotes cristianos», piadosos e ignorantes, al convertir en deber cristiano el arte de pensar y escribir de los paganos. Eso sí, bajo la máxima de Séneca: *Non discere debemus ista, sed didicisse*. Porque había que enseñar las Sagradas Escrituras sólo con los esquemas mentales, los métodos, ropajes y técnicas —por qué no la propia y misma escritura— de los romanos⁸.

Y hasta tal punto se comprometieron en la alternativa profana que la Iglesia naciente, durante los tiempos de hierro y barbarie (*dark ages*) de Occidente, se convierte en auténtica albacea, conservadora de las letras antiguas, cristianas o paganas. Cuando la escuela romana con su pedagogía educativa se derrumba con la caída del Imperio —año 476— la Iglesia, sus

6. Idem: *Patrologia Latina*. XXIII, 441.

7. *Ibidem*, XXXIV, 63.

8. Vid. P. LABRIOLLE: *Histoire de la Littérature Latine Chrétienne*. París, 1947. Ch. DAWSON: *Los orígenes de Europa*. Madrid, 1945. E. R. CURTIUS: *Literatura europea y Edad Media Latina*. México-Buenos Aires, 1976. R. R. BOLGAR: *Classical influences on European Culture. AD. 500-1500*.

abadías y sus cabildos, asumen con todas sus consecuencias, la sucesión de la prestigiosa escuela antigua⁹. Baste recordar:

— El impulso decisivo de Casiodoro, antiguo cónsul romano y *magister officiorum* en la corte del bárbaro Teodorico. El año 540 renuncia al mundo y se retira a Vivarium, no lejos de Squillace, en el sudeste italiano. A Vivarium llamó a los benedictinos, quienes a partir de entonces asumieron en su trabajo preceptuado por la Regla, trabajos intelectuales. Vivarium fue el primer escriptorio benedictino y la primera biblioteca en la soldadura de la Antigüedad con los nuevos tiempos. Con razón, Casiodoro ha sido definido en una rotunda frase como el «albacea de la antigüedad». Las artes liberales y la *sapientia saecularis* son herramientas útiles para la *lectio divina*. Como consecuencia, Casiodoro funda una biblioteca considerable en cuyos *armaria* reposaban las obras maestras del genio romano¹⁰.

— Fueron los monjes irlandeses (siglo VII) y los anglosajones (siglo VIII) los que recogieron de Casiodoro la antorcha de la cultura clásica, tras ese silencioso y casi milagroso peregrinaje de la cultura clásica desde el continente europeo a Irlanda. En las Islas Británicas nace la corriente clasicista que va a Luxeuil (Borgoña), Saint Gall (Suiza) y Bobbio (Pavía), y la que se instala con San Bonifacio en Fulda (Prusia) y Gorze (Metz). Y no olvidemos a San Martín Dumiense entre los suevos de Galicia, San Isidoro entre los visigodos, Alcuino y Teodulfo con Carlomagno y San Eulogio en Córdoba. El monacato occidental, con su original contribución a la formación de Europa en los siglos VI, VII y VIII, cristianiza con la lengua, la escritura y la cultura, legadas por el genio romano. Evangelizan escribiendo y hablando en latín. En Oriente, el monacato, para convertir a los pueblos, adoptó las lenguas y escrituras coptas y sirias. Y en la evangelización de pueblos no helenizados y bárbaros adoptó sus respectivas lenguas, creando nuevos alfabetos para la Biblia y la Liturgia. Los ejemplos de Etiopía, Armenia, Georgia, Albania, tierras del Cáucaso y pueblos godos del Bajo Danubio son claros. Y no digamos, de la técnica nacionalista empleada para la evangelización de Rusia y los eslavos, por San Cirilo y Metodio, creadores de la escritura cirílica. En Occidente, la herencia romana era tan viva en la Iglesia, que no hay tentativas para traducir la Biblia y los textos de la Liturgia a la lengua púnica o céltica, ni a crear un nuevo sistema de escritura distinto al latino.

Ese compromiso, que hemos visto tan estrecho, origina un proceso de ósmosis o infiltración mutua entre lo cristiano y lo pagano. Infiltración que, a través de la gramática, lógica y retórica, llegaría a la especulación teológica, la exégesis de la Escritura, la Liturgia, los géneros literarios y, por qué no, a la técnica escriptoria, pues no en vano escribir era hacerlo en latín. El cristianismo estaba dotado de tal vitalidad que no podía ni tenía por qué

9. P. RICHE: *Education et culture dans l'Occident barbare*. París, 1962.

10. MIGNE: *Patrologia Latina*. LXX, 1108

sufrir alteración fundamental de tal aporte. Lo romano era disciplina estructural y formal y el nuevo contenido —los valores cristianos— era algo potente en quienes lo vivían, como para someter a él, hacer servir para él, la precedente forma cultural sin temor a la idolatría.

Los ejemplos de San Ambrosio y San Jerónimo son muy significativos. En la segunda mitad del siglo v, Ambrosio, obispo de Milán, consejero de los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio, redacta un tratado de Moral cristiana. La infiltración pagana es consciente y aceptada, tanto en el título ciceroniano de *De officiis*, como en los esquemas y categorías. No fueron tomados de la Biblia ni de los Evangelios, sino de Cicerón. De la moral romana —Cicerón fue un gran intérprete— tomó Ambrosio la diferencia entre razón y pasión, la clasificación de las virtudes, que aprendimos en el catecismo Ripalda, de justicia, fortaleza, prudencia y templanza, la división entre deberes perfectos y deberes medios y el valor del juicio de conciencia. Como es lógico, Ambrosio infunde a esta terminología y esquematismos ciceronianos el contenido cristiano, asumiendo lo excelente de la moral pagana del romano.

La revelación, por parte de San Jerónimo, al patricio romano Eustaquio, de un sueño de juventud, resulta significativo del drama interior que le produjo tal asimilación. Cuenta Jerónimo que, decidido a abrazar la vida ascética, se encaminó hacia Jerusalén para adentrarse en el desierto de Calcis, al sureste de Antioquía. Su pasión por los estudios hace que lleve consigo libros, procurados en Roma a costa de su penuria y trabajo, y de los que bajo ningún pretexto hubiera podido pasar. Ayunaba y luego leía a Cicerón, tras noches de vigilia y dolor a Plauto, y en los momentos de tentación a los Profetas. Escribía Jerónimo: *Biblioteca carere non poterat*. En tales circunstancias tiene un sueño o éxtasis y se halla ante el juez divino que le interroga por su profesión. «Soy cristiano», contesta Jerónimo. «Mientes, eres ciceroniano. Donde está tu tesoro, está tu corazón», le espeta el juez divino. Y es torturado hasta que no promete su adhesión a los libros sagrados¹¹.

Y por fin, acercándonos más a la historia de la escritura, objeto de la Paleografía, hay que subrayar la importancia que el Cristianismo dio al texto escrito y al códice, revestidos de ropajes clásicos, tanto en estilo como formas de escritura, como un instrumento importante de proselitismo. El cristianismo es una religión sabia, una religión de libros: las Escrituras y la Liturgia, por un lado, y la Teología y los Cánones, derivados de aquéllas, por otro, requieren el apoyo del códice escrito.

Hacia fines del siglo ii, momento en que nace en Africa la Literatura latino-cristiana, bajo el decisivo impulso de Tertuliano, son muchos los espíritus refinados e iniciados en las mejores escuelas de leer y escribir clásicos,

11. *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* LIV, 189. Epístola ad Eustochium. XXII, 30.

que se adhieren a la nueva creencia. En su proceso o curso educativo habían pasado sucesivamente por manos de retóricos y gramáticos. El gramático enseñaba a hablar y escribir correctamente el latín y el griego —aspecto básico fundamental para la Historia de la Escritura Latina, subrayado por Jean Mallon y François Masai. Se leían y comentaban los *volumina*, que recogían en escritura latina o griega, las obras de poetas como Homero, Menandro, Terencio y Virgilio. Bajo su comentario y dictado aprendían y perfeccionaban técnicas como la misma escritura, el estilo, la retórica, la filosofía y la historia. Era la primera formación habida por los cristianos cultos recién convertidos.

Luego habían pasado por manos del retórico —*rethor*— que desarrollaba en los alumnos las facultades de expresión oral y escrita, mediante ejercicios de narración, refutaciones, controversias, elogios, tópicos, lugares comunes y la declamación propiamente dicha¹².

Los Padres y hombres eminentes del cristianismo occidental eran romanos, con la formación básica que acabamos de señalar, y cuando fueron seducidos por la nueva fe, trataron de demostrar a sus adversarios doctos y paganos que la *sapientia christiana* era compatible con las formas de la *sapientia saecularis*. Ellos aportan a la doctrina cristiana un ropaje de distinción, urdido y tejido con el arte de escribir y hablar clásico. El *Apologeticum* de Tertuliano y el *Octavius* de Minucio Félix, obras de la temprana literatura cristiana occidental, demuestran fehacientemente la praxis cristiana, no sólo de esparcir la doctrina cristiana sino de insinuarla a través del más puro romanismo profano y clásico. No era sino tomar a la letra el aforismo de Lucrecio de untar miel a los bordes de la copa para enjugar el amargor de la nueva verdad cristiana: *Pocula circum contigunt mellis dulci flavoque liquore*. Los círculos africanos de Tertuliano, Cipriano, Arnobio, Lactancio, Agustín... tuvieron educación de romanos y es difícil ver en sus obras que la adhesión al cristianismo modificó sus hábitos intelectuales y estéticos, hábitos que naturalmente hay que extender a la escritura, cuya historia en la tardo-antigüedad estudiamos en Paleografía.

El escrito, tanto en formas caligráficas o de lujo, como en formas usuales y comunes, es para los Padres de Occidente algo más que una diversión o exhibición de talento. Los escritos, junto con la predicación y la catequesis oral, son instrumentos de fijación, propagación y asentamiento de la Verdad. Por sus escritos Tertuliano brindó su concepto pasional de la Fe y la vida; Lactancio, el cicerón cristiano, su intelectualidad cristiana frente al desprecio pagano y, por fin, San Jerónimo, su personalidad de sabio filólogo, y San Agustín, su hondo conocimiento de la naturaleza humana. Pierre de Labriolle subrayó la influencia de la Literatura Cristiana de Occidente en el acrecentamiento de la dignidad de la Literatura Romana. Esta, desde finales del siglo I d.d.C., se degradaba. El griego amenazaba con engullir el latín, tanto

12. H. I. MARROU: *Histoire de l'éducation*. París, 1945

en la estima como en la práctica de las gentes de letras. El latín se reanimó literariamente con el proselitismo acentuado de la nueva fe cristiana, con sus mociones, duelos y victorias^{12 bis}.

Quede claro, como conclusión, un supuesto cultural importante para la Historia de la Escritura Uncial Latina: en el Cristianismo vivaz de la tardía Antigüedad no hay rechace sino simpatía y asimilación del romanismo clásico. Y como paleógrafos, no podemos negar *a priori* la contribución cristiana en el proceso de canonización y embellecimiento de la escritura uncial latina, romana en su origen, y nunca, una escritura del ghetto cristiano.

b) *Helenismo y africanidad*

Se trata de otros dos supuestos culturales inexcusables y candentes para establecer cuestiones paleográficas en torno a la uncial latina, a partir sobre todo de Ludwig Traube que, no es necesario insistir, inaugura el estudio riguroso del tema desde la frontera de la Filología y con el método más depurado con que contaba la Filología cuando el sabio profesor explicaba sus lecciones en Munich.

El helenismo es la última versión del acervo cultural clásico, asumido por Roma cuando Grecia había pasado con los mayores honores a la Historia. El helenismo, cuando es asumido por Roma, había agotado todas las posibilidades de evolución, estaba añoso y con poco dinamismo. Pero no hay, aparte, que olvidar que la penetración griega en el mundo occidental romano fue importante y no había ciudad de categoría donde el griego no fuese hablado corrientemente. Hecho este subrayado hasta la saciedad por los filólogos y que los paleógrafos debemos apuntar cuidadosamente para señalar las posibles concomitancias y relaciones entre el bilingüismo y el bigrafismo. Nada en ésto es más elocuente que el testimonio ciceroniano en su discurso *Pro Archia: Graeca leguntur in omnibus fere gentibus: latina suis finibus exiguis continentur*.

Y, luego, en la época imperial de Augusto, Occidente estaba ligado a Oriente por innumerables cambios comerciales. Desde Grecia. Puente Euxino, Siria y Egipto, las mercancías de todo género eran dirigidos a través de Brindisi, Ostia o Pouzolos a Roma, foco del tráfico mundial, que reexpedía a Galias, Hispania y Africa. Con las mercaderías venían las ideas, la cultura, la lengua y la escritura. La *pax romana* fomentaba la capilaridad total de la *Koiné*. San Ireneo, un griego, escribía: *Sed et mundus pacem habet per eos, scilicet romanos, et nos sine timore in viis ambulamus et navigamus quocumque voluerimus*. Autores hay, que afirman que en los tres primeros siglos del Imperio Romano los niños romanos aprendían primero a escribir en griego¹³.

12 bis. P. LABRIOLLE: *Op. cit.*, pág. 14.

13. P. BOYANCE: *La connaissance du grec à Rome*. En «Revue des Etudes Latines» (1956). págs. 176 y siguientes.

Paleógrafos como Luigi Schiaparelli¹⁴ y Guglielmo Cavallo¹⁵ a partir de estudios sobre pura escritura, afirman que entre los siglos III y IV después de Cristo se produce una fuerte penetración de la cultura latina en lugares donde hasta entonces sólo había existido la griega. Lo latino además de romano se hace mediterráneo y universal. Esta penetración latina en zonas fuertemente helenizadas, como podría ser África del Norte, es un hecho digno de evaluar y tener en cuenta al tratar de centrar el fenómeno de la canonización de la escritura uncial latina.

Y puesto que la uncial latina ha sido relacionada con la uncial bíblica griega, tratemos de precisar ahora la privilegiada posición del griego en los primitivos textos cristianos. Está comprobado que la propaganda cristiana encontró sus primeros puntos de apoyo en los elementos judíos y paganos que se desenvolvían precisamente en ambientes muy helenizados de la *Koiné*, la lengua del mar y de los centros neurálgicos de las grandes vías de comunicación. Por otro lado, la literatura latino-cristiana dio sus primeros pasos haciendo traducciones del griego. Y la introducción en Occidente de la Biblia hebrea fue hecha a través del griego alejandrino, la versión de los LXX, y éste es, sin dudas, un hecho memorable en la Historia de la transmisión de textos. Los judíos romanos estaban tan helenizados, ya desde los tiempos de Augusto, que leían la Ley de los Profetas en griego. Y en sinagogas así helenizadas fue donde el cristianismo hizo sus conquistas más sólidas. La versión más respetada de la Biblia en el Occidente latino era la griega de los LXX, al igual que las versiones griegas del Evangelio.

En el siglo III d.d.C. se ha marcado la crisis del sistema gráfico latino, el paso del sistema clásico al nuevo, la aparición de la minúscula y de las nuevas formas unciales y semiunciales. Pero esta crisis fue también económica, social, política y religiosa. La profundidad de la misma llegó también al lenguaje. Por la especial concomitancia de la evolución lingüística con la escrituraria interesa marcar algunas premisas lingüísticas antes del estudio paleográfico. En el lenguaje, el resultado de la crisis se traduce en que el latín clásico comienza a caminar ya hacia las lenguas romances¹⁶. Löfstedt, especialista en latín tardío, atribuye a la presencia del cristianismo, abierto a amplias capas sociales, la introducción en el latín clásico de la tardía antigüedad, de elementos lingüísticos de impronta popular. Y aunque reconoce injustificado considerar lengua especial el latín de los cristianos, reconoce que esta religión es un factor importante de creación y evolución lingüística¹⁷.

Christine Mohrmann justifica la hipótesis de la existencia de una lengua especial de los cristianos en hechos de orden social y lingüístico. Conside-

14. *La scrittura latina nell'età Romana*. Como, 1921, pág. 136.

15. *Ricerche sulla maiuscola biblica*. Firenze, 1967, pág. 125.

16. A. DODDS: *Cristianos y paganos en una época de angustia*. Madrid, 1975.

17. E. LOFSTEDT: *Late Latin*. Oslo, 1959.

raciones sobre que los cristianos hubieron de crear una lengua propia y si Tertuliano fue el creador de ella, ocupan los trabajos de Mohrmann. Schrijnen ha restado protagonismo al africano Tertuliano, en la consolidación del latín cristiano. Por otro lado las reservas al pensamiento de Schrijnen y Mohrmann las ha hecho Braun que afirma que el latín cristiano no es lengua especial con sintaxis y léxico propios ni mucho menos creación espontánea de la comunidad de los fieles. El cristianismo no ha hecho sino trasponer vocablos tomados del griego o beber en la lengua común del pueblo latino¹⁸.

El término africanidad no tiene tras sí una tradición cultural. Responde más bien a un ámbito territorial de gran vitalidad dentro del conglomerado romano, sobre todo en los siglos claves de la escritura uncial latina, que entre otros aspectos y aportes recibe la cultura helenística. Y africanidad responde también a la coincidencia en su ámbito territorial de unas personalidades de excepcional valía, nacidas en Africa pero culturalmente romanas hasta la médula. Son unas figuras en cuyas manos la cultura helenística encontró unos derroteros inicialmente imprevisibles, que se hicieron realidad plena cuando esas figuras —Lactancio, Minucio Félix, San Agustín, San Cipriano...—, se sirvieron de ella para sus afanes especulativos y literarios desde un punto de partida ajeno al helenismo: el cristianismo.

Y es que el cristianismo, que inicialmente era sólo una religión, se encontró de la noche a la mañana con un campo abonado para la siembra y germinación de una nueva cultura. Que el campo norafricano se agostara es otra historia. Se agostó como escenario de la cultura cristiana occidental cuando acontecimientos inexorables lo incorporaron a otra cultura, el islamismo, precisamente cuando maduraba la cultura occidental cristiana.

En conclusión, hay un supuesto cultural importante para la Historia de la escritura: el cristianismo africano reavivó el helenismo y el latinismo. Puso en crisis la lengua latina. Es hora de preguntarse su contribución al proceso de canonización de la escritura uncial.

II EL TERMINO UNCIAL Y SU APLICACION A LA PALEOGRAFIA LATINA: DE SAN JERONIMO A LOS MAURINOS, DE LOS MAURINOS A JEAN MALLON.

Cualquier término aplicado a una escritura debe tener coherencia y carácter con respecto a los aplicados a otras escrituras, es decir, debe ser único y propio. De tal modo que exista una correspondencia única y exacta entre el significante y la realidad escrituraria significada, concreta y precisa: un alfabeto latino o un grupo de alfabetos bien delimitados y precisos.

18. C. MOHRMANN: *Quelques traits caractéristiques du latin des chrétiens*, en «Etudes sur le latin des chrétiens». Roma, 1961, pág. 12-50. R. BRAUN: *Deus Christianorum*: París, 1962, pág. 16 y ss.

La voz «uncial» aplicada a una escritura, aunque sin referencia a un alfabeto determinado, se encuentra por primera vez en un texto de San Jerónimo en el prólogo del libro de Job: *Habeant qui volunt veteres libros vel in membranis purpureis auro argentoque descriptos, vel uncialibus, ut vulgo aiunt, litteris onera magis exarata quam codices: dummodo mihi meisque permittunt pauperes habere schedulas et non tam pulchros codices quam emendatos*¹⁹. En este texto el autor sólo ha querido contraponer los códices lujosos, escritos con grandes letras bien cuidadas, con las *pauperes schedulas*, de escritura desaliñada y llena de correcciones. No se puede ver ninguna referencia a una escritura determinada y canonizada.

En una carta que Loup de Ferrières dirige en el año 836 a Eginardo, abad carolingio y bibliófilo, escribe: *Praeterea scriptor regius Berctaudus dicitur antiquarum litterarum dumtaxat earum quae maximae sunt et unciales a quibusdam vocari existimantur habere mensuram descriptam*²⁰. Y el glosario de Du Cange habla de «*unciales sunt litterae que iniciis librorum fiunt ad ornatum ut in antiphonario. Dictae autem unciales, quod uncia auri in eas dependadur*». Ambas versiones se refieren a un término uncial equivalente a escrituras capitales o de módulo grande y, desde luego, no a los que entendiémos por uncial en la moderna Paleografía.

Los maurinos Dom Toustain y Dom Tassin en el *Nouveau Traité* fueron los primeros en aplicar, en pleno siglo XVIII, el término uncial a un determinado alfabeto, preciso y concreto dentro del sistema de escrituras latinas. No explicaron las razones de la elección del término, por lo que se trató de una aplicación puramente convencional, que tuvo el éxito de difundirse y aceptarse, a veces con razones pseudoetimológicas.

Hoy día es un término que, a pesar de ser tradicional, es aceptado por todos porque corresponde a un alfabeto homogéneo dentro de la escritura latina. En los alfabetos extraídos de los códices latinos *unciales* topamos, pues, con una escritura de canon rígido e inalterable en sus elementos esenciales aun en época posterior a los primeros ejemplares datables.

La tal homogeneidad, deducible de una gran cantidad de muestras, la representó Jean Mallon en dos alfabetos concretos: el antiguo de las cartas de San Cipriano, ejecutado probablemente en Africa del Norte, y el más moderno, sacado del códice basilicano del Vaticano²¹. Estos alfabetos caracterizan una escritura continua y fluida en su trazado, sin interrupciones de ritmo en el renglón. Se abriga en un esquema bilineal que obliga a las astas a replegarse y redondearse sobre sí mismas. La sucesión de formas circulares constituye, sin lugar a dudas, el estilo propio de esta escritura.

Sin embargo hay que reconocer con Jean Mallon que la única realidad gráfica significada por el término «uncial» es un alfabeto mixto y artificioso,

19. MIGNE: *Patrologia Latina*. XX, VIII, 1142. Praefatio in Job.

20. *Les classiques de l'histoire de France au Moyen Age*. Tomo X (1927), pág. 50.

21. J. MALLON: *Paléographie Romaine*. Madrid, 1952, págs. 93 y ss.

compuesto de tetras singulares extraídas de otros alfabetos múltiples capitales y minúsculos. Es difícil e impropio pues, decir o hablar de *m* uncial o de *r* uncial, pues estas formas tal cual aparecen en el alfabeto uncial aparecen en alfabetos canonizados o tipificados con mayor anterioridad.

III. VALORACION CRITICA DE LAS FUENTES EN TORNO AL ORIGEN GRAFICO E HISTORICO DE LA UNCIAL LATINA.

Se ha disertado mucho en la Historia de la Escritura sobre la *veneranda* escritura uncial —así la califica Emmanuele Casamassima— fundamentalmente por dos razones, por el considerable número de manuscritos conservados en Bibliotecas y Archivos occidentales y por la gran secuencia cronológica que abarca en ellos esta escritura. Hoy día la Paleografía se ha ido autonomizando de las fuentes utilizadas por la Filología y el número y la secuencia temporal de los códices unciales tienen una importancia menor en cuanto que es escritura, la uncial, meramente de lujo, condenada a la esterilidad, que como tal ha tenido un papel mínimo en la historia y proceso evolutivo de la escritura latina.

En la colección de Elias Avery Lowe, *Codices Latini Antiquiores*, hay un número muy significativo de códices latinos unciales de los siglos IV al IX. Consecuencia de ello es que los más antiguos y numerosos códices de las bibliotecas occidentales están escritos en uncial. Pero para el paleógrafo importan también las fuentes papirológicas que amplían el término *a quo* prácticamente al siglo II, sobre todo cuando tratamos de investigar los orígenes de una escritura.

La escritura latina uncial no es la escritura de los códices, sino sólo una escritura, una de las escrituras librarias y caligráficas de códices. Pues aunque se conservan prolijamente los códices en uncial no es un argumento para fundamentar su uso generalizado en los siglos. La Papirología y sus hallazgos, fuera de las Bibliotecas, han puesto de manifiesto que las categorías de conservación actual y uso del pasado no son extrapolables. Muchos códices, conservados o no hasta hoy, fueron escritos en escrituras cursivas y comunes de menos costo y consecuente ahorro de pergamino o papiro. Y quizás esta circunstancia influyó en el menor cuidado por su conservación futura. Los ejemplos de obras manuscritas y no lujosas encontradas en Egipto, anteriores al siglo IV es un ejemplo muy significativo de cuanto venimos diciendo.

Para estudiar los orígenes de la uncial latina, estamos en esto con la opinión de Jean Mallon, Giorgio Cencetti, Jan Olof Tjäder y Emmanuele Casamassima, prácticamente nos sobran los manuscritos de las bibliotecas occidentales, porque representan una uncial ya canonizada y formada, donde es difícil encontrar su origen. La Paleografía sólo puede estudiar su origen en testimonios anteriores al siglo IV que sólo proporcionan la Papirología y, en ocasiones, la Epigrafía.

IV. EL PROBLEMA PALEOGRAFICO DEL ORIGEN DE LA UNCIAL LATINA: LAS SOLUCIONES GRECO-CRISTIANAS Y LATINAS ANTES Y DESPUES DE JEAN MALLON.

No es lugar aquí para insistir el papel de Juan Mallon en el campo de la Paleografía Romana. Sobre todo, su capítulo dedicado a la escritura uncial hace que en la Paleografía de la uncial haya que hablar de antes y después de él. Hablaremos en primer lugar de las soluciones greco-cristianas en torno al origen, para pasar después a las soluciones latinas, unas con especial incidencia en el campo librario y otras con más incidencia en el transcurrir cursivo y común de las escrituras romanas.

a) *Soluciones greco-cristianas*

La solución griega se ha relacionado con el llamado Renacimiento de Diocleciano, período de gran florecimiento de la cultura latina. Bajo este emperador, tanto la cultura como la escritura latina penetran más que nunca en áreas de cultura griega, como podía ser Egipto, Siria y el Norte de Africa. Es una época, la de Diocleciano, en que los manuscritos latinos se hacen más abundantes y los griegos tienen unas características gráficas aparentemente muy similares. Karl Brandt ya insinuó el protagonismo ejercitado en el origen de la uncial latina por las versiones griegas de la Biblia, en formas gráficas elegantísimas, tales como los famosos códices bíblicos *Vaticanus* y *Sinayticus*²². Brandt señala, pues, el origen griego, en tiempos cristianos de la uncial latina, cuyo nacimiento tiene que ver con finalidades litúrgicas del primitivo cristianismo occidental.

También a principios de siglo Ludwig Traube sostenía la tesis del origen griego de la uncial latina al afirmar que ésta era esencialmente la «escritura de los textos cristianos», tomadas todas sus formas directamente de la uncial bíblica griega de los mismos textos cristianos²³. Es una intuición brillante, como muchas de Traube, que choca, sin embargo, con dos hechos incuestionables: la existencia de textos profanos en escritura uncial latina y las muestras, precisamente las más antiguas en uncial latina, sobre todo a partir de los descubrimientos papirológicos, de textos profanos, que se adelantan al siglo IV, siglo de la paz de Constantino y a los primeros códices conservados. Por otro lado la aplicación de las categorías mallonianas de análisis paleográfico (ductus, forma, trazado...), hacen inviable esa solución.

La ilustre papirologa Medea Norsa, en un artículo con título expresivo como *Analogie e coincidenze tra scritture greche e latine nei papiri*²⁴ aisló

22. Cit. en L. SCHIAPARELLI: *Op. cit.*, págs. 123 y 124; pág. 153.

23. L. TRAUBE: *Vorlesungen und abhandlungen*. II, p. 23; *Nomina sacra*, pág. 138.

24. En «Miscellanea Giovanni Mercati». VI, Studi e testi, 126 págs. 105 y ss.

un tipo especial de uncial griega, empleada en la mayor parte de los casos conocidos para copiar la Biblia y que por ello bautizó con el nombre de uncial bíblica griega. Escritura, unas veces, redonda y, otras oval, pero siempre de formas armónicas, equilibradas y sobrias. Medea Norsa comparó muestras griegas de papiros de los siglos I-III (Papiros Rylands, Londinense y Herculano) con muestras latinas unciales, también en papiro (Papiros Oxyrrhinchus y fragmento de Gaio) y abrió desde la Papirología una puerta a la hipótesis griega y cristiana de la uncial latina: «Si en los hallazgos griegos tenemos papiros en bella uncial bíblica, datados con seguridad en los siglos I y II después de Cristo, y los ejemplares latinos de este tipo de escritura aparecen más tardíos y casi todos están en pergamino, habría que concluir que la escritura latina se haya modelado sobre la griega, habida cuenta de la fascinación que irradiaba en el mundo literario y artístico la alta y refinada cultura de Alejandría de la que los hallazgos de Oxyrrhinchus son un pálido reflejo».

La escuela francesa de Paleografía (Mallon y Marichal), como veremos, han coincidido en dar parte de razón a Medea Norsa en cuanto a la existencia de un cierto aire de familia entre la uncial bíblica y la latina. Pero también hay que señalar que tras un examen paleográfico y científico se encuentran diferencias fundamentales que convierten en frágil y superficial la hipótesis griega: Así ocurre que formas que normalmente deberían ser iguales —en la latina y en la griega— son absolutamente diferentes. La semejanza estética (módulo y peso) no es la paleográfica de ductus, trazado y forma.

b) *La solución latina antes de Jean Mallon: Luigi Schiaparelli*

En 1921, Luigi Schiaparelli recogía el estado de la cuestión y reconocía que hasta entonces la derivación de la escritura uncial latina no resultaba claramente probada²⁵. La teoría de Traube la encontraba genial y seductora pero demasiado absoluta, porque era una evidencia que las letras más características de la uncial latina aparecían ya en el sistema gráfico latino anterior. Las formas redondeadas de las unciales ADME tenían ejemplos latinos en los siglos I y II después de Cristo. Además, según Schiaparelli, en el siglo III había ya alfabetos mixtos de mayúsculas y minúsculas. Ponía como ejemplo el códice en pergamino *De bellis macedonicis*, atribuido al siglo III con letras capitales, unciales y minúsculas. Igual sucedía con el fragmento en papiro del *Epítome* de Tito Livio, entonces fechado en el siglo III.

Para Schiaparelli el origen latino de la uncial estaba claro ya en estas escrituras mixtas de transición que él agrupó bajo la denominación de «unciales arcaicas» o «semiunciales arcaicas», según la pravalencia de mayúsculas y minúsculas. Profundizando ya en las condiciones en que se origina, señaló que el paso de la incierta escritura mixta a la verdadera y propia uncial no es

25. *Op. cit.*, pág. 155.

producto de una evolución lenta y natural y, mucho menos, de la innovación de una escuela caligráfica. La clave para él está en un hecho cultural importante y determinante: la expansión de la cultura latina en el Imperio Romano del siglo III bajo Diocleciano, en regiones donde había sólo cultura griega. En estas regiones se produce un contacto muy estrecho entre dos civilizaciones que facilitaron el desarrollo de un alfabeto latino, el uncial, producto de formas ya preexistentes con un aspecto semejante al alfabeto uncial griego. El camino abierto por Schiaparelli, como veremos a continuación, lo profundizaría Jean Mallon con los instrumentos de su nueva metodología.

c) *La solución latina de Jean Mallon* ²⁶

El problema para Jean Mallon tiene dos etapas solidarias en su planteamiento: El origen gráfico y el origen histórico. Y son solidarias porque no existe ningún documento concreto que narre el origen histórico de una escritura, es decir, dónde, cómo, cuándo y por qué nació. De tal ausencia se deduce para Mallon que lo primero que hay que establecer es el origen gráfico de los elementos característicos del alfabeto que se quiere historiar. Establecido tal origen será posible delimitar el marco teórico donde colocar las posibles hipótesis del origen histórico.

La solidaridad del origen histórico y el gráfico, junto con el protagonismo metodológico de éste, fueron olvidados, según Mallon, por Traube y Medea Norsa: ambos no procedieron, primero, a un análisis serio y preciso de los caracteres esenciales de la uncial latina a partir de la explicación completa y sencilla del origen latino de las formas unciales, que como hipótesis debió preceder al planteamiento del origen griego.

Mallon verifica en primer lugar una hipótesis de origen latino en la doble relación de las escrituras del *De bellis macedonicis* con el Epítome de Tito Livio, por un lado, con el alfabeto uncial extraído de las Cartas de San Cipriano. Todas las formas literales del Epítome están en el alfabeto uncial de San Cipriano. Sólo son diferentes la BDRS. Estas últimas se encuentran en el *De bellis macedonicis* y son, salvo la D, escrituras capitales.

El origen gráfico de la uncial latina está, pues, en la amalgama y arreglo artificial de la escritura del Epítome, encontrado en Egipto, con formas, en número de cuatro, tomadas del *De Bellis*, también encontrado en Egipto. Para Mallon esta solución es completa porque explica el origen latino de todas las formas; es sencilla porque no recurre más que a dos escrituras y explica la artificiosidad de la uncial; y es esencial porque los matices caligráficos y accesorios quedan postergados para un posterior estudio de la uncial y su evolución. De esos matices accesorios es posible vislumbrar grupos de uncial o provincias escriturarias. También de esos matices se puede llegar a

26. *Paléographie Romaine*. Madrid, 1952, pág. 93-104.

marcar y fechar las escrituras unciales. En concreto una serie de manuscritos que los paleógrafos han convenido en remontar al siglo IV o V, son los más cercanos a la escritura del Epítome: Por ejemplo, el ojo pequeño de la P o el primer trazo derecho de la M. Por otro lado, las más antiguas bibliotecas de Occidente son relativamente tardías en sus testimonios unciales, pues la metamorfosis que ha producido la escritura del Epítome debe ser remontada al siglo II; además se encuentran fragmentos de papiro, más tempranos que los pergaminos occidentales, hallados también en Egipto. Esta proporción creciente de papiros hacen más difuso, difícil e iluso el apelativo de «escritura cristiana» que se le da a la uncial latina, que formaliza también textos profanos.

Mallon, pues, sitúa la metamorfosis gráfica de la uncial en el siglo II después de Cristo. Sobre el origen geográfico emite una sospecha razonada de que haya sido la provincia de Africa Proconsular la cuna de la escritura latina representada por el Epítome. Uno de los indicios señalados es la uncial del texto de los Evangelios²⁷, cuyo texto ha sido utilizado por un escritor africano, San Cipriano, cuyas obras han sido presentadas con el mismo tipo de uncial²⁸.

d) *La solución latina de Robert Marichal*²⁹

Para este autor la escritura uncial es el segundo fenómeno de canonización de la escritura romana, canonización que se fija a partir de la minúscula primitiva del *De Bellis macedonicis* y del Epítome de Tito Livio. Los autores son copistas que actúan con técnicas y formas codicológicas nuevas (paso del *volumen* al *codex*, del papiro al pergamino, etc.) Se afianza así en los últimos siglos del Imperio una de las grandes escrituras de la romanidad y uno de los grandes vehículos de la prosa y de los textos cristianos. No obstante es adoptada por todos, cristianos y paganos, porque respondía a los gustos generales de la época. La canonización se produce en el siglo III, siglo marcado por la crisis económica, social, política, moral, religiosa y lingüística. En el curso de la llamada decadencia del Imperio, la uncial latina destaca como «una auténtica obra de arte». Mantiene Marichal, mediante un símil, el carácter mixto y artificioso de la uncial latina, en cuanto escritura creada por artistas de libros «que trabajarían un poco como lo haría un fundidor de caracteres cuando después de haber establecido un tipo de caja baja —en nuestro caso la minúscula primitiva del *De Bellis* y el Epítome— emprendiera la creación de una escritura capital correspondiente».

27. Biblioteca Nazionale de Torino, G VII, 15.

28. *Codices Latini Antiquiores*, 458 y 464.

29. R. MARICHAL: *De la capitale romaine a la minuscule*. París, 1948 en M. AUDIN: *Somme typographique*, págs. 63-111; *L'écriture latine et l'écriture grecque du 1er. siècle*, en «L'Antiquité classique» XIX (1950), 113-144.

Respecto al componente griego en el origen de la uncial latina, reconoce que a todos los paleógrafos les ha llamado la atención el parecido de la uncial latina y la uncial bíblica griega, pero admite como Mallon que estas semejanzas son exteriores y los ductus latinos no parecen afectados por los griegos. Hay una paradoja en esta relación griego-latín: El conocimiento del griego en el mundo latino retrocede gradualmente desde el siglo I al IV, pero por otro lado los paleógrafos latinistas sostienen que la uncial latina se habría formado en África, que era de todas las provincias del Imperio una de las menos helenizadas³⁰. La solución a la paradoja está en que la cuestión está mal planteada: No habría que buscar si la uncial fue griega o latina —escribe Marichal— como si fueran dos fuerzas de sentido contrario. La cuestión bien planteada sería conjugar los vectores griego y latino, sin hablar de prioridades sino de complemento entre ambas. En el siglo III los griegos se dedican a los estudios latinos y jurídicos a fin de hacer carrera en la administración romana. La lengua latina, al mismo tiempo, pasa a ser la lengua litúrgica del Occidente cristiano. El helenismo, según Marichal, sufre la presión del latín y viceversa. Para el francés Marichal, el fenómeno de la formación de la uncial latina y del sistema no sería África, «sino Beirut, metrópoli de los estudios jurídicos».

e) *La solución latina y ecléctica de Guglielmo Cavallo*

G. Cavallo³¹ hace un estudio del desarrollo histórico y gráfico de la más famosa de las escrituras canonizadas griegas. Hace una cotejo entre la uncial latina y la uncial griega o, como él prefiere llamarla, *maiuscola biblica*. Sus conclusiones las exponemos a continuación por el valor sintético que tienen.

La mayúscula griega se coloca perfectamente dentro del desarrollo histórico de la escritura griega y como parte integrante de ella. La uncial latina se presenta como una mezcla artificial de mayúsculas y minúsculas y no es consecuencia, por tanto, de la natural y espontánea evolución de la escritura latina. Observaciones que ya hacía Schiaparelli y Jean Mallon cuando escribían del origen gráfico. Mientras que el origen gráfico, según Cavallo, ha sido claramente diseñado, no sucede lo mismo con el origen histórico. Cavallo coincide con don Giulio Battelli en que tuvo que ocurrir un hecho determinado y provocador de la nueva forma de escritura³². Este hecho lo situaba, lo hemos visto, Schiaparelli en la expansión de la cultura latina, durante los siglos III y IV hacia regiones hasta entonces muy helenizadas y poco latinizadas. Extensión en estas regiones que provoca un más estrecho contacto entre las dos culturas. Contacto que favorece la formación de una escritura latina, que aunque compuesta de formas, ductus y trazado latino ya existentes, fue in-

30. G. BARDY: *La question des langues dans l'Eglise ancienne*. París, 1948.

31. *Ricerche sulla maiuscola biblica* La Mounier, Firenze, 1967.

32. G. BATTELLI: *Lezioni di Paleografia*. Città del Vaticano, 1949, pág. 74.

fluenciada de la escritura griega de códices bíblicos como el Vaticano y el Sinaítico. Sin embargo Schiaparelli —añade Cavallo— pese a tener un fondo de gran verdad en su teoría, le faltó más profundidad para llevar su discurso y ello debido a la falta de nuevas fuentes, como son las papirológicas. Según estas fuentes las culturas gráficas, la griega y la latina, se encuentran así en el siglo III:

— La cultura gráfica romana o latina hacia fines de ese siglo ha cumplido ya el paso de la mayúscula a la minúscula. La capital clásica ha quedado fuera del filón vivo donde la escritura es vivaz y evoluciona, de modo que su uso se verifica y se relega a pocas escuelas. La nueva escritura usual, minúscula, aparecía poco adaptada a los usos librarios, sobre todo a los de lujo.

— La cultura gráfica griega hacia fines del mismo siglo presenta el esplendor y florecimiento tanto en la escritura usual cotidiana como en la librería de lujo. Se ha producido ya el fenómeno de la canonización de la mayúscula bíblica, tan magníficamente expuesta por Cavallo.

Las consecuencias gráficas de estos dos hechos coetáneos son: 1) Era lógico que la intensidad de contactos y cambios entre ambas culturas, entre los siglos III y IV, impusiera o, al menos, estimulara la cultura gráfica latina a una búsqueda de escritura que pudiera competir con la mayúscula de los manuscritos griegos. El origen histórico de la uncial puede referirse, pues, a la tentativa de recrear artificialmente formas mayúsculas en una época en que la escritura usual en el mundo latino es la minúscula. Si el impulso a esta escritura artificiosa viene de la escritura griega, escritura bilineal, ésta no puede ser sino la mayúscula bíblica. 2) El mundo cristiano, lo hemos visto en la introducción de esta lección, sentía la exigencia de difundir los textos de la nueva doctrina en manuscritos que se impusieran con la dignidad y suntuosidad de vestidos exteriores magníficos, también portadores de la palabra divina. El mundo cristiano griego no sentía esta necesidad en cuanto encontraba, ya largamente difundida, una escritura canonizada consagrada a los textos del Antiguo y Nuevo Testamento. El mundo cristiano sí la sentía. La capital clásica era ya de uso raro. La nueva minúscula podía servir para los manuscritos de solemnidad, evidentemente, pero también es evidente que no podía competir con códices como el Sinaítico y el Vaticano. Sí podía hacerlo la uncial latina que nace como escritura de compromiso: Las formas minúsculas latinas se estilizan, redondean, a veces sustituidas por formas capitales hasta «adquirir la vaga semejanza con la escritura librería griega por excelencia»³³.

33. G. CAVALLO: *Op. cit.*, pág. 126.

El origen africano, enunciado por Traube y ratificado por Mallon, resulta válido para Cavallo. Sin embargo, según él, no puede admitirse la uncial latina como escritura cristiana, sino en sus justos límites: «No ha nacido de exigencias exclusivas de la Iglesia cristiana, pero sí se ha formado, perfeccionado y difundido sobre todo bajo el impulso del cristianismo»³⁴. A la cultura pagana también le urgía, como a la cristiana, crear una escritura libraria acorde y la confrontación con la cultura griega se daba tanto en el campo profano como en el cristiano. La solución de la uncial latina fue concorde para todos, aunque no se puede negar la fuerza cultural del cristianismo de entonces.

e) *Las soluciones latinas y cursivas de Giorgio Cencetti, Jan Olof Tjäder y Emmanuele Casamassima. La crítica de la teoría malloniana.*

Giorgio Cencetti³⁵ mantiene el origen de las nuevas escrituras, la uncial entre ellas, en el filón cursivo de la escritura usual para uso cotidiano: Sector más vital de la evolución en la historia de la escritura. En esa escritura usual, es decir, en las variadísimas escrituras en que cada individuo escribiente se expresa, se entrecruzan formas cursivas o corrientes y formas caligráficas. El proceso evolutivo hacia las formas unciales, semiunciales y comunes consiste en una serie de mediaciones entre dos parámetros, el cursivo y el caligráfico. Unas mediaciones adaptan formas nacidas de la espontaneidad cursiva a formas caligráficas; otras mediaciones trazan cursivamente signos de formación caligráfica. En resumen, y por lo que a la uncial se refiere, las formas unciales latinas son nacidas de las grafías cursivas estampadas sobre las tablillas de cera y los papiros. Esas formas usuales son el punto de partida de las formas redondeadas, bilineales y solemnes. Los fragmentos y columnas del *De bellis macedonicis* y el Epítome de Tito Livio son documentos testimoniales de la evolución de la nueva escritura y no un punto de partida.

Jan Olof Tjäder ya en 1953³⁶ ponía como reparo a la teoría de Mallon sobre el origen de la uncial, el especial protagonismo que se daba a las escrituras librarias, cuando según él, el desarrollo de la escritura romana debía haberse verificado en el sector más vital de ella, esto es, prevalente y primariamente en la escritura cursiva, representante más avanzado de la escritura usual. Luego en otro trabajo más específico³⁷ mantiene que las escrituras

34. *Ibidem.*

35. G. CENCETTI: *Note Paleografiche sulla scrittura dei papiri del I al III secolo*, en «Memorie della Accademia delle Scienze del Istituto di Bologna». Bolonia, 1950; *Lineamenti di storia della scrittura latina*. Bolonia 1954-56; y en *Paleografia Latina*, Roma, 1978.

36. J. O. TJÄDER: *Die forschungen Jean Mallons zur römischen Paläographie*, en «Mitteilungen des Instituts für Osterreichische Geschichtsforschung» 61 (1953), p. 385-396.

37. *Der ursprung der unzialschrift*, en «Festgabe Albert Bruchner zum siebzigsten Geburtstag...» Basel, 1974, págs. 9-40; también su trabajo *Sulla scrittura latina*, en «Miscellanea in onore de Giorgio Cencetti», Roma, 1974. pág. 32 y ss.

librarias desempeñan una función *quasi* pasiva en el proceso evolutivo de la escritura romana. Lo que han hecho éstas ha sido acomodarse a las «escrituras usuales privadas» —para Tjäder ésta es la escritura corriente de las personas cultas y letradas—. La escritura uncial toma su base, eso sí, de formas usuales librarias dentro del mundo jurídico de los romanos, en cuyos *libri legales*, en pergamino y en escritura «usual libraria», ya en el siglo II d. C., aparecen elementos de unciales, que aparecerán también en la singular escritura del *De bellis macedonicis*, que él atribuye a finales del siglo I.

Emmanuel Casamassima³⁸, al igual que Cencetti y Tjäder califica los fragmentos del Epítome y *De Bellis* como episodios coetáneos al fenómeno de la reducción a formas librarias de las variantes de las letras cursivas. La coetaneidad no es causalidad sino testimonio de un fenómeno general de evolución. Así este autor critica la tradicional mixtificación atribuida a la escritura uncial a partir de dos alfabetos arquetípicos. Para él, la uncial es el producto de un proceso natural de selección de variantes gráficas, selección que conduce a la canonización de una escritura. La uncial latina es una traducción reposada de modelos contrastables en cursivas sobre papiros existentes en el siglo II, que se convierten en un nuevo sistema escriturario plenamente cristalizado en los ejemplos tardíos del siglo IV.

CONCLUSION

Hemos visto a lo largo de este estudio cómo los grandes paleógrafos desde una base tan pequeña y microscópica como es la escritura uncial colaboran en la solución de los grandes problemas históricos de la civilización; no sólo interpretan textos, sino proporcionan argumentos y elementos concretos, singulares y convincentes contenidos en una escritura de la tardía Antigüedad, la escritura uncial, fiel preciso para medir el romanismo, el helenismo, el cristianismo y la africanidad en el ocaso del Imperio Romano. Esto es Paleografía concebida como Historia de la Escritura, que proyecta con todo énfasis el carácter no ancilar de la misma y su consiguiente autonomía. La escritura aparece así como una expresión cultural del hombre, que en línea continua dibuja surcos de historia que por su singularidad y concreción merecen ser incorporados a la Historia total.

38. E. CASAMASSIMA: *Varianti e cambio grafico dei papiri latini*, en «Scrittura e Civiltà», 1 (1977), págs. 9-110.